

## Regreso a Cannery Row

Las tranquilas aguas del Pacífico acariciaron, como cada amanecer, los muros de Cannery Row que, ajenos al revoloteo incesante de charranes, cormoranes y pardelas, contemplaban la ciudad dormida de Monterey. El silencio impregnaba el aire tibio de aquel día de verano y las calles aparecían todavía desiertas, preparándose para el desfile de la legión de turistas que pronto surgiría de todas partes, dispuesta a recorrer cada resquicio de lo que otrora fuera la “capital de la sardina”. Mark Ahlquist, sin embargo, hacía ya tiempo que no dormía. Tumbado sobre la cama, hacía girar en la palma de la mano el viejo reloj de bolsillo que su padre le había regalado al cumplir los catorce.

Ahlquist había cruzado la nada despreciable barrera de los setenta casi sin percatarse. Así lo delataban las canas que poblaban ahora su cabello y las arrugas que, como cicatrices de guerra, cruzaban su rostro de lado a lado.

Suspiró y se incorporó con un gemido sordo. Le dolía todo el cuerpo. La tarde anterior se había excedido apurando cervezas en la *Pelican Tavern* y conversando con los parroquianos acerca de aventuras pasadas.

- ¿Os acordáis de cuando Mark le pidió una cita a Stella en aquella esquina de Ocean View Avenue?
- Ahora es Cannery Row, Patrick – le había replicado Ahlquist, algo molesto. Aquella chica le había humillado delante de sus amigos recriminándole que sus manos olían a pescado. ¿A quién no le olían las manos a pescado en Monterey? –. Y además, a ti no te fue mucho mejor. ¿O quieres que hablemos de Sally?

Tratando de mitigar el pitido insoportable que zumbaba en su cabeza, Mark se presionó las sienes con los dedos y se dirigió sin prisa hacia la cocina, donde se preparó

un café y un par de *bagels* con mantequilla abundante. El sabor amargo de la bebida pareció aliviar un tanto su malestar y Ahlquist sonrió por fin al recordar que su nieto llegaría aquella misma tarde. Mientras se duchaba y adecentaba un poco la vivienda, permitió que su mente vagabundeara unos instantes por los recuerdos. Daniel, aquel muchacho de apenas veinte años, provocaba en él una suerte de melancolía difícil de descifrar. Solamente lo veía en verano, durante el mes de julio, un ritual que ambos practicaban desde hacía una década y que el anciano aguardaba con impaciencia durante todo el año.

Mark había regresado a California a mediados de los noventa, cuando logró aceptar que su matrimonio con Elena, una andaluza con un genio de mil demonios, se había ido definitivamente a pique. Al llegar a Monterey, apenas pudo reconocer las calles que había recorrido desde niño. La ciudad había sufrido una transformación urbanística de dimensiones titánicas. De las antiguas conserveras y fábricas de sardinas que tan hábilmente retrató Steinbeck en *Cannery Row* quedaba tan sólo el caparazón. Algunas habían permanecido tal y como debieron ser entonces, convirtiéndose en maqueta de exposición perfecta para hacer las delicias de los turistas; otras, sin embargo se habían transformado en restaurantes de alto copete, al alcance de tan sólo unos pocos privilegiados.

Cuando Mark abandonó Estados Unidos para trasladarse a España, Monterey apenas se sostenía ya con el negocio de la industria sardinera. El exceso de pesca y la escasez de regulación al respecto, unidos a un ciclo particular de apogeo y ocaso de la sardina que entonces se desconocía, provocó la rápida desaparición de la especie que había supuesto el sustento económico principal de la ciudad. Las fábricas fueron cerrando una tras otra, hasta que a mediados de los sesenta, no quedaba ya ninguna en funcionamiento.

Ahlquist se enfundó unos vaqueros raídos y una camiseta con el logotipo del Acuario de Monterey que mostraba a una nutria marina retozando en el agua junto a su cría. Se calzó unas sandalias de cuero, recogió las llaves que había dejado tiradas en el suelo en medio de la borrachera del día anterior, y cerró la puerta de la vivienda tras de sí. El día era soleado y, a lo lejos, podía oírse el rumor de turistas descendiendo de coches y autobuses, hablando animadamente entre sí. El anciano caminó rumbo a la *Pelican Tavern* y dejó que su mirada recorriera el perfil del océano. Sus aguas, de un azul límpido, constituían uno de los mayores tesoros de California. En aquellas costas se concentraba una deslumbrante multiplicidad de animales y plantas acuáticas. Tanto era así que, más de dos décadas antes, el área de la Bahía de Monterey había sido incluida en la lista de santuarios marinos y había quedado amparada bajo la Ley de Protección e Investigación Marina de los Santuarios que el Congreso hizo efectiva en los años setenta. Aquel lugar era, sin duda, un enclave privilegiado, uno de los lugares de mayor biodiversidad marina del planeta, con ecosistemas únicos y una variedad geológica importante. Los habitantes de Monterey se habían encargado de preservar todo aquello logrando alcanzar el difícil equilibrio entre el crecimiento económico y la conservación medioambiental y habían progresado de una economía terciaria basada en la pesca y conserva de la sardina a otra fundamentada en el turismo ecológico, el deporte marino y la industria científica.

Mark avanzó a través de la calle Hawthorne y ascendió por la avenida Irving hasta Ocean View Boulevard. A pesar de que todavía era temprano, ya había decenas de personas congregadas frente al Acuario de Monterey, una institución inmensa que albergaba una gran variedad de especies marinas y que se había convertido en uno de los centros de investigación más activos de la zona. La *Pelican Tavern*, en cambio, a excepción de un par de clientes que conversaban junto a la barra, estaba vacía.

- ¿Cómo va, Chris? – saludó Ahlquist, acercándose a uno de los hombres.
- Tirando, que no es poco – replicó aquel, con una sonrisa en la que faltaban varios dientes -. ¿No era hoy cuando venía tu chico?
- Lo traerá Phil más tarde.

Durante algún tiempo, permanecieron en silencio, contemplando el desarrollo de un partido de fútbol americano que en aquellos momentos televisaban en diferido en las enormes pantallas del bar.

La mañana fue deslizándose sin prisa en la *Pelican Tavern*, solamente interrumpida por un grupo de biólogos y geólogos cargados con útiles de buceo que decidió recalar durante algunos minutos en el lugar antes de continuar con sus tareas de medición batimétrica del fondo marítimo.

- No veas el cacharro que han diseñado para analizar el suelo del océano – comentó Chris, dirigiéndose a Mark –. Ese aparato debe costar millones.
- ¿Qué aparato?
- Un chisme que, por lo visto, puede alcanzar hasta seiscientos metros de profundidad y con oxígeno para casi cien horas. ¿No es increíble? Lo puede pilotar cualquiera. Hasta yo podría hacerlo.

El hombre que acompañaba a Chris y a quien Ahlquist no conocía rió divertido.

- Tú no sabrías pilotar ni una barca hinchable – le provocó.
- No tienes ni idea, Rob – replicó Chris que, ignorándole deliberadamente, volvió a dirigirse a Mark -: Por lo visto quieren examinar el cañón.

El cañón de la Bahía de Monterey era uno de los cañones marinos más grandes de toda la costa occidental y llegaba a alcanzar los tres mil seiscientos metros de profundidad bajo la superficie del mar en algunas zonas. En los últimos años se había convertido en uno de los mayores intereses de toda la comunidad científica

oceanográfica y, en particular, del Instituto de Investigación del Acuario de Bahía de Monterey.

- ¿Crees que descubrirán qué está pasando con la nutria marina? – inquirió Mark, dando un largo trago a su cerveza.

Chris se encogió de hombros.

- Ni idea – replicó Chris, mientras pedía otra ronda de bebidas –, pero siguen cayendo como moscas. Sobre todo por la contaminación, ya sabes. Aunque Albert cree que, mientras no haya un derrame petrolífero como el del Exxon, podrán estabilizar el descenso.

Las nutrias marinas eran la joya particular de Monterey. En ellas se basaba gran parte de su éxito como núcleo turístico pero, de un tiempo a esta parte y, a pesar de estar incluidas en la lista federal de especies en peligro de extinción, el número de nutrias no había dejado de descender. La contaminación les afectaba especialmente. Aunque poseían una capa de piel impermeable, la más densa de todos los mamíferos, sus organismos absorbían los contaminantes y derivados de las actividades humanas de una forma sorprendente. Las sustancias perjudiciales se concentraban en sus tejidos y, puesto que las nutrias carecían de un sistema de enzimas que pudieran metabolizarlas, la contaminación suponía una de las mayores causas de mortandad entre su especie. Pronto los científicos descubrieron que, analizando la salud de las nutrias marinas podían también extraer una gran cantidad de información acerca de la salud del propio océano y, así, la nutria no sólo se había convertido en símbolo de Monterey, sino también en un excelente bioindicador del estado del fondo marino.

- Esos bichos comen lo que no está escrito. ¡Una tercera parte de su peso! ¡Es salvaje! – se quejó Rob arrugando la nariz con displicencia –. Están acabando con los erizos, y ya no digo nada de las orejas de mar.

- ¡Venga ya, Rob! – le aplacó Chris, dando un golpe sobre la barra –. Si sois vosotros los que habéis estado pescando sin control durante años. Además, de no ser por las nutrias, no tendríamos los bosques de kelp que han hecho famosa a Monterey, y sin kelp no existirían ni los erizos ni las orejas de mar, que te recuerdo que se alimentan de algas.
- Bah, no tienes ni idea – replicó Rob con un ademán, dando el asunto por zanjado.

Aquel tipo de discusiones era frecuente en la *Pelican Tavern*, especialmente cuando se reunían los antiguos pescadores de sardinas con los que defendían la protección del santuario de Bahía de Monterey. Lo cierto era que, si las nutrias marinas desaparecían, los erizos y las orejas de mar acabarían por terminar con los fastuosos bosques de kelp que se extendían en las profundidades del océano como verdaderas selvas tropicales. La pérdida económica sería terrible, pues el kelp era clave en la elaboración de una amplia gama de productos, pero aún más significativa sería su pérdida medioambiental, ya que centenares de especies dependían de aquellas algas gigantes para su subsistencia.

- Bueno, yo os dejo ya, que Daniel tiene que estar al caer – se despidió Mark, tratando de ocultar su nerviosismo.
- ¿Has pensado llevarle a Elkhorn Slough? – inquirió Chris, antes de que se marchara.

Elkhorn Slough, el estuario del río Elkhorn, se había convertido en visita obligada para los turistas que acudían a la Bahía de Monterey por la multitud de especies locales que residían en aquella zona y por la gran cantidad de especies migratorias que acudían allí en diversas épocas del año.

- Ya sabes que en esta época se llena de pelícanos pardos – añadió Chris, observando a Ahlquist –. Es todo un espectáculo.

- Lo cierto es que sí entraba en mis planes – asintió Mark –. Veremos si el tiempo lo permite.
- Bueno, pues saluda al chico de mi parte – pidió Chris, liquidando su cerveza de un sólo trago –. Y tráelo por aquí algún día.

Ahlquist asintió de forma mecánica y abandonó la taberna.

El sol apretaba con algo más de intensidad y el núcleo de turistas que aguardaba su entrada apostado frente al Acuario se había reforzado. Mark no les prestó atención. Continuó rumbo a Cannery Row y extrajo del interior de la camisa su reloj de bolsillo. Apenas quedaba una hora para que llegara Daniel.

Se sintió repentinamente exhausto. Las piernas le temblaban y apenas podían sostener el peso de su cuerpo. Se dejó caer sobre uno de los bancos que rodeaban la bahía y observó el lento bregar de los barcos a través de las aguas del Pacífico. Le pareció que el aguijón de la soledad se hendía un poco más en sus carnes marchitas y se incorporó con un gemido sordo. Si a Mark le hubiesen ofrecido en aquel instante la oportunidad de volver a España para dejar que su vejez se deslizara lenta junto a su nieto, lo habría aceptado sin dudar. Volver... Aquella palabra resonaba en su cabeza con una fuerza inusual aquellos días.

A las dos en punto, Mark llegó al parque de bomberos donde trabajaba Phil y se dispuso a esperar. No tuvo que aguardar demasiado. Un todoterreno azul apareció como por ensalmo de entre los edificios circundantes y se detuvo con un frenazo seco frente a la entrada del parque. Un muchacho de aspecto bonachón y apariencia robusta descendió del coche y saludó con la mano a Ahlquist, que le correspondió con una sonrisa. Segundos después, otro chico, algo más joven, bajó también del vehículo y miró a su alrededor, algo desorientado y con aspecto de no haber pegado ojo en varios días.

- ¡Abuelo! – gritó éste último, dejando caer una mochila sobre el suelo y acercándose a zancadas hacia Mark –. No veas que viajecito. Me ha tocado una señora en el avión que no paraba de hablar. Desquiciante.

El muchacho estrechó entre sus brazos a su abuelo y depositó un beso sobre su cabeza. Los separaban al menos dos palmos de altura.

- Abuelo, ¿has encogido? – inquirió con una sonrisa traviesa –. Te veo más chiquito.

Por toda respuesta, Mark volvió a abrazarle y le dio un capón cariñoso.

- ¿Cómo está tu madre? ¿Y tu abuela? – preguntó, con más cautela de la que pretendía.
- Mamá anda metida en un proyecto de rehabilitación del museo de arqueología y la abuela sigue como siempre. Dice que ya no van las cigüeñas negras a Peñas Rubias y que eso es un mal presagio.

Mark arqueó una ceja, extrañado, pero Daniel sólo se encogió de hombros.

- Ya sabes cómo es. Aunque es cierto. Hace tiempo que no vuelan sobre el peñasco – añadió el chico, con gesto pensativo.

Ahlquist sonrió, sin dejar de contemplar a su nieto. ¡Cómo había crecido! El tiempo no pasaba en balde y allí estaban los dos, un verano más, dispuestos a sacar de aquellos días todo el provecho que pudieran.

- ¿Has planeado algo? – inquirió Daniel con un brillo de curiosidad en la mirada.
- Cientos de cosas – repuso Mark con el orgullo de quien ha hecho bien sus deberes –. Nunca has estado en Muir Woods, ¿verdad?
- ¿Ese bosque del que me has hablado tantas veces?

- Ese mismo – asintió Ahlquist, levantando la pesada maleta de su nieto y cargándosela al hombro –. Podrás contemplar algunos de los árboles más altos del mundo. Es como perderse en un cuento de hadas... Pero antes de eso, vamos a casa a dejar todos tus trastos y a comer algo decente, ¿te parece?

Daniel no se hizo de rogar. Su estómago rugía con insistencia. Recogió su mochila, se despidió de Phil con un apretón de manos y siguió a su abuelo.

- ¿Sabes? – le gritó a Mark, que avanzaba varios metros por delante de él –. He estado pensando en algo.
- ¿Ah, sí? ¿Y qué has pensado exactamente? – repuso el anciano, volviendo la cabeza.

El chico dio una carrera para alcanzar a su abuelo y dejó caer su mochila sobre el suelo.

- ¿Nunca has pensado en volver? – le preguntó, clavando sus ojos en los del anciano.

El corazón de Ahlquist dio un vuelco y algo en su interior se quebró con un chasquido. No hacía ni una hora que él mismo se había hecho aquella pregunta.

- Es complicado, Dani – repuso con algo más de sequedad de la que había deseado.

Su nieto, sin embargo, no le prestó atención. Continuó caminando en silencio, imbuido en sus pensamientos hasta que, sin previo aviso, se giró y, dirigiéndose a Mark, le espetó:

- Pues vas a tener que hacerlo sencillo, porque ya tengo los billetes de regreso. Mamá ha comprado una casa nueva y los dos queremos que vengas a vivir con nosotros.

Fue como si el mundo se detuviera de pronto y el tiempo se ralentizara, como si una mano invisible hubiese manipulado las agujas del reloj universal que medía la existencia de los mortales y las hubiese parado en aquel preciso instante, en aquel lugar concreto. Mark miraba a Daniel sin verle. Sintió cómo las lágrimas afluían a sus ojos sin que pudiera evitarlo y abrazó a su nieto con fuerza.

- ¿Volver a España? – inquirió con un hilo de voz.

Daniel, por toda respuesta, tan sólo asintió.

- Te invito a comer – dijo Mark con una sonrisa tan amplia que las comisuras de los labios le dolieron –. Vayamos a Cannery Row.